

bilidad, la vibración de un espíritu, la emoción de un pintor que mira la naturaleza con ojos de poeta.

Hay en los óleos del señor Nordman errores de perspectiva, de dibujo y falsas relaciones tonales, pero todo esto se olvida ante la sensación de humilde paganía que de esas telas se desprende.

En efecto, si hubiéramos de definir las con una sola palabra, esta palabra sería *humildad*. Los pequeños, mínimos detalles, adquieren aquí plena jerarquía figurativa: unas flores, unas hierbecillas, un riachuelo, se exaltan en la bella luz campesina para cantar su poema bucólico.

¿Qué tiene que ver todo esto con la plástica? me diréis.

Bien poco tal vez. Mas es indudable que también a la poesía se puede ir por esa «Senda solitaria» que el pintor ha dejado sobre una de sus telas. Las formas de ir a la belleza representativa son múltiples. Las posibilidades de alcanzar una emoción o una sensibilidad son infinitas.

Georges Nordman no hace, en efecto, otra cosa que transferir a lo plástico lo que es propio del lenguaje hablado. Por eso sus paisajes de París—«Rue Royal» y «Hotel de Sens»—rehuyen en cierta medida la objetividad del paisaje urbano y son, más que aspectos figurativos de una ciudad, testimonio fehaciente de un estado de espíritu. Calles desiertas, plazas domingueras, aburridas y llenas del griseo color de París, estas telas son, fundamentalmente, el poema callado de un artista que supo vibrar con el alma impía de la gran ciudad.

Sus paisajes portugueses están plenos de sencillez y de gracia. En otras telas que recogen la luz lusitana se hace evidente la saudade de que habló Lope de Vega.

El «violon d'Ingres» de Donato Román

El pintor francés Dominique Ingres era un discreto ejecutante de violín. Creía, incluso, que como tal estaba por encima de la pintura.

No era cierto.

El músico Donato Román Heitman tiene también su violín d'Ingres. Donato Román pinta al óleo y ahora nos muestra sus obras en las cuales se adivinan no pocas virtudes de excelente ejecutante. Ello no tiene nada de sorprendente. Leonardo ha dicho que la música no debe llamarse de otro modo que hermana de la pintura.

Donato Román pinta con un sentido musical. Sus paisajes están vistos a través de un temperamento acostumbrado a ver las relaciones armónicas, el contrapunto de la línea y el color y la ondulante melodía del arabesco.

Su talento pictórico halla la eclosión adecuada en los pequeños apuntes paisistas. Cuando el pincel mancha con brío y con espontaneidad, Donato Román hace obra de músico. Los paisajes grandes son, empero, muy mediocres. En ellos se revela la falta de una educación artística profunda y seria. Seguir esa ruta es desdeñar una vocación plena de promesas.

Por el contrario, en las pequeñas telas se advierte un temperamento muy sensible a los misterios del color, a sus relaciones ocultas y a la gracia de sus armonías. Las imperfecciones están disimuladas por el instinto seguro del colorista. En «Camino de fondo», su obra más lograda, hay una muy bella armonía de grises-verdes. El ritmo dinámico de esta tela tiene algo de musical y polifónico. Frente a ella, en su tonalidad fría, destacan los rosas puros y vibrantes del paisaje titulado «Ultimos rayos». La facilidad expresiva, el hábil manejo del pincel, están dados en «Rancho al atardecer», obra trazada en estilo de fuga por el impresionismo aéreo y perentorio de la composición.

Acompañan a Donato Román en esta exposición los artistas Carlos del Río y Luis Bravo con envíos de menor entidad estética.